

PRESENTACION DEL «CICLO AZORIN»

Por Lorenzo Polaino Ortega
Vicedirector del I. de E. G.

Entre las actividades estatutarias del Instituto de Estudios Giennenses figuran la de fomentar el trabajo para investigación científica y la del cultivo de las artes y las letras en cualquiera de sus manifestaciones. Y pienso que este ciclo de conferencias sobre Azorín que inauguramos hoy entra de lleno en el campo de aquellas actividades. Tal es la razón por la que ha sido organizado.

Por otro lado, el realce que se le está dando en muchos sitios de España al centenario del nacimiento de José Martínez Ruiz, supone, según creo, una ocasión propicia para el estudio científico de una parcela concreta de nuestra historia contemporánea, a cuya tarea hemos querido asociarnos con la dignidad que nos viene garantizada por la indiscutible competencia científica y literaria de los profesores-conferenciantes, quienes, en sucesivas lecciones, nos ofrecerán las síntesis de sus investigaciones. ()*

Con lo dicho podría yo dar por terminada mi intervención en este acto con beneficio para todos. Pero acatando indicaciones de quien puede hacérmelas, he de pronunciar unas palabras más, que prometo pocas y breves, para ambientar el tema y para situar a Azorín en el tiempo y en el espacio, o, mejor dicho, para abocetar una estampa de aquel tiempo y aquel espacio en que vivió Azorín, lo que en parte, por mi edad y por mis inquietudes de entonces, puedo hacer por propia experiencia.

Se ha dicho que Azorín pertenecía a la «Generación del 98»; y es cierto que su actividad literaria se desarrolló, preferentemente, en Madrid; partamos de estas premisas.

La afirmación de que Azorín pertenece a la «Generación del 98» nos plantea, de inicio, una serie de interrogaciones: ¿existió tal «generación»? ¿cuál fue su mismidad?, ¿cuáles sus características?, ¿quiénes la integraron?

Este tema, con respecto a Azorín, ha sido actualizado ahora por el profesor Granjel, en su libro, que aún no he podido leer, «La Generación del 98», y antes, mientras el mismo Azorín y Lain Entralgo afirman su existencia, Pío Baroja y Gonzalo Fernández de la Mora la niegan. Modestamente pienso que la posible certeza de cualquiera de ambas antítesis depende de lo que se entienda por «generación».

Si la llamada «Del 98» se quiere concebir como un grupo literario, con cierta comunidad y trabazón de ideas, motivos, escuelas, estilos... hemos de aceptar su inexistencia. Si se identifica la tal «generación» con un florecimiento numeroso de señeros pero diferenciados autores literarios, que coincidían en un mismo período cronológico de nuestra historia, su existencia es indiscutible.

Hay que convenir que hubo entre ellos algunos factores comunes aunque extraliterarios: alta valía personal, intenso amor a España, conciencia de nuestra postración histórica y hondo deseo de su remedio en un ambiente que Ortega llamó «atmósfera de quirófano»; pero la verdad es que resulta difícil delimitar sus perfiles artísticos y estéticos, y aún componer la nómina de quienes se integraban en la mencionada «generación»: sus mismos componentes se preocuparon mucho de resaltar sus singulares y diferentes personalidades humanas: la boina ajada y la barba insurta de don Pío; la americana amplona y deformada, con sus bolsillos llenos de papeles, de don Antonio; la cortinilla negra, sobre su ojo invidente, de don Ricardo, el chaleco alto y cerrado, estilo cleriman, de don Miguel; el paraguas rojo, de clérigo provinciano, de don José; las barbas de chivo, espectaculares y soberbias de don Ramón...

Siguiendo a Lain podríamos encuadrar a los componentes de la tal «generación» en tres grupos: como indiscutibles pertenecientes a ella Ganivet, Unamuno, Azorín, Antonio Machado, Pío Baroja, Valle Inclán y Ramiro de Maeztu; más dudosamente también se integrarían en ella Menéndez Pidal, Benavente, Manuel Machado, Miró, Manuel Bueno, Juan Ramón y los hermanos Quintero; y siempre quedan silenciados intelectuales de la talla de Eduardo Hinojosa, Rafael Altamira, Gómez

Moreno, García Morente, Ramón y Cajal, Rey Pastor... los que, sobre ser unos concienzudos investigadores en sus distintas especialidades, escribieron maravillosas páginas de intrínseco valor literario. Los citados por Laín fueron solamente unos literatos muy buenos o, a la vez, unos amenos ensayistas; los silenciados eran, además, unos verdaderos hombres de ciencia.

A esta «Generación del 98», que florece en el primer tercio de nuestro siglo, yo la conocí personalmente en Madrid durante la década de los «años veinte», en los que había una doble vida intelectual madrileña claramente diferenciada: mientras los investigadores solían trabajar silenciosamente en sus seminarios universitarios, algunos de los cuales, como el de don Rafael, yo frecuenté, los otros, los literatos y ensayistas, tenían sus tertulias pujantes en distintos «cafés» madrileños, como el de la «Granja Hernal», donde pontificaba a voces Valle Inclán; o, más aún, en «La Cacharrería» del Ateneo.

A ésta acudíamos los socios-estudiantes —categoría especial— para situarnos en segunda fila, junto a la pared, y desde allí observar, admirados, como aquellas lumbreras se enzarzaban en ingeniosos torneos filológicos, políticos y literarios; y como hasta alguno de ellos tenía la suerte, a veces, de «hacer una frase», que luego rodaría por las calles madrileñas de boca en boca; y como, en ocasiones, los sesudos varones se ensañaban, con una crítica villosa, corrosiva y cruel, contra el contertulio ausente, quien, enterado de ello por algún alma piadosa, se tomaba la revancha al siguiente día, aunque la víctima fuera ahora un tercero. Claro que también nuestros genios del «Siglo de Oro» —Lope, Góngora, Quevedo— pecaron antes del mismo pecado.

En este ambiente, José Martínez Ruiz, modesto en sus necesidades y voluble en sus criterios, vivía un tanto apartado de los dos grupos: del de los investigadores universitarios y del de los literatos y ensayistas. Recuerdo que una tarde acompañé a un mi amigo, joven estudiante, que llevaba un recado de su tío y profesor nuestro; íbamos al domicilio de Azorín, en la madrileña calle de Zorrilla, a recoger el texto de la dedicatoria para una placa conmemorativa, cuya redacción le habían confiado. Don José nos hizo sentar en su salita, y allí esperamos silenciosos más de dos horas, que fueron las que, con paciencia y esmero de

orfebre o de miniaturista, él tardó en componer las concisas y elegantes frases que, por su extensión, cabían holgadamente en una sola cuartilla. Así, en su pequeño despacho contiguo, apartado, silencioso y despaciosamente, trabajaba el artífice de los primores de lo vulgar.

Y ya que antes aludí al «Siglo de Oro», aprovecho la ocasión para decir cómo me parece exagerado que cierta crítica literaria actual iguale en méritos a la «Generación del 98» con nuestros autores clásicos; en todo caso creo que nos falta perspectiva histórica para emitir juicios exactos: el árbol no nos deja ver el bosque. Pero en cambio pienso que sí se puede afirmar que la producción literaria de «el 98» supera en calidad, y con mucho, a esta narrativa de última hora, que tanto prolifera en los distintos meridianos, orquestada por conjuntos protestatarios pero de autobombo.

Y conste que me vengo refiriendo sólo a los méritos literarios de la «Generación del 98», porque conviene aclarar que su valoración debe hacerse con entera independencia a la de cualquiera otros valores que pudieran concurrir en un mismo sujeto: un autor de aquella «generación» puede ser, a la vez, un genial poeta, un buen prosista, un mediano filósofo y un mal político. O viceversa.

Entre los graves errores de nuestros glosadores y críticos contemporáneos de «el 98», sobresale el de confundir y no diferenciar las distintas categorías de valor que de hecho concurrían en un mismo autor, y en no hacer, consecuentemente, el análisis de cada una de ellas por separado. Por eso estimo tan valiosos los estudios especializados en épocas, temas y autores, como los que han de reunirse en este ciclo de conferencias que ahora va a comenzar.

Personalmente, para mí, el mayor valor de la «Generación del 98» es el literario; y dentro de él, por su amplitud, el de sus prosistas. Entre la prosa aparentemente desaliñada de don Pío y la artificiosamente academicista de Ricardo León; entre la florida y luminosa de Miró y la elegante y equilibrada de Pérez de Ayala, hay una riqueza inagotable de formas, estilos y escuelas estéticas.

Puesto a seleccionar, según mi gusto, sobresalen la prosa de Valle Inclán, sentimental o trágica, apasionada o barroca, como una cornucopia o como una panoplia escudada, y la prosa de Azorín, escueta y re-

cortada, sencilla y trabajada, como una gema o como un prisma de cristal. Y sobre ellas, la de Ortega, con su riqueza de bellas metáforas, comparable, sin osadías, a la de los mejores prosistas españoles de todos los tiempos.

Aún me queda por decir, en consideración a este auditorio que nos honra con su asistencia, que el «Ciclo Azorín» se ha pensado para personas con curiosa inquietud y fina sensibilidad para los temas espirituales, aún dentro del ambiente materialista que agobia al mundo de hoy. Y que se ha pensado muy especialmente para la juventud pre y universitaria del Santo Reino, a la que quisiéramos que llegase sin romper—usando una reciente metáfora del profesor Díaz Plaja— el espejo de nuestra cultura greco-latina, occidental y cristiana.

(*) Los profesores-conferenciantes que se programaron en este «Ciclo Azorín» fueron los siguientes:

JOSÉ ANTONIO PEREZ-RIOJA.—Doctor en Filología Clásica por la Universidad de Madrid; Profesor de Griego en Centros de Enseñanza Media; Director de la Casa de la Cultura de Soria; Académico Correspondiente de la Real de la Historia y de la de Bellas Artes de San Fernando; miembro del Instituto «Fernando el Católico», y del Patronato «José María Cuadrado», ambos del C. S. de I. C.

Galardonado en repetidos certámenes con distintos premios, entre ellos los de «Juan Valera», «Fiesta del Libro», «Azorín», «Feijoo», «Marqués de Taurisano», etcétera.

Autor, además, de su magnífica «Gramática de la lengua española», de numerosas obras, entre las que podemos citar: «El humorismo», «El libro y la biblioteca», «Mil obras para los jóvenes», «Diccionario de símbolos y mitos», «El helenista Ranz Romanillos y la España de su tiempo», «El estilo de Azorín y su influencia en la literatura española», «Proyección y actualidad de Feijoo», «La biblioteca de la escuela», «Soria y su provincia: guía turística», «Estilística», «Las Casas de Cultura», «Síntesis del Arte Universal», etcétera.

JUAN FERNANDO ORTEGA MUÑOZ.—Natural de Cañete de las Torres; Doctor en Filosofía por la Universidad Central; Doctor en Derecho Canónico y Licenciado en Filosofía por la Universidad de Comillas; Becario del Gobierno Español para ampliación de estudios de Derecho Civil, y por el Gobierno Francés para el estudio, en París, de la filosofía de Jeán Paul Sartre.

Ha impartido sus enseñanzas de Filosofía, Ética y Sociología en los Institutos de Enseñanza Media de San Fernando (Cádiz), Santa Isabel de Fernando Poo, en las Facultades de Ciencias Económicas y Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, y en los Colegios Universitarios de Jaén (del que fue vicedirector) y de Málaga, al que está agregado ahora.

Entre sus muchas y meritísimas publicaciones podemos citar: «La organización internacional», «Relaciones entre los Estados», «Estudios jurídicos sobre los Colegios Universitarios», «Relaciones Iglesia-Estado desde el año 313 al 440», y los temas agustinianos «La paz y la guerra en el pensamiento agustiniano», «Doctrina de San Agustín sobre la tolerancia en materia de religión» y «Agustín de Hipona, Filósofo de la Historia», (en prensa).

ALFONSO SANCHO SÁEZ.— Nacido en Avila. Realiza sus estudios de Bachillerato en Madrid, Barcelona y Jaén. Licenciatura de Filosofía y Letras (Sección de Filología Clásica) en Madrid. Licenciado en Derecho en Granada y Zaragoza. Carrera de Magisterio en Jaén.

Desde 1941 reside en Jaén. Durante cinco años es Archivero-becario del Instituto de Estudios Giennenses; trabaja y ordena el Archivo de Fábrica de la Catedral de Jaén; también trabaja en el archivo de la Santa Capilla de San Andrés.

Profesor Agregado, por oposición, de Institutos (actualmente excedente). Catedrático, por oposición, de Lengua y Literatura del Instituto «Virgen del Carmen» de Jaén, Encargado de Cátedra de Lengua y Literatura de la Escuela Universitaria de Profesorado de E. G. B. de Jaén.

Consejero Facultativo del Instituto de Estudios Giennenses. Presidente de la Sección de Literatura y Música de dicha institución.

Vocal de los Jurados de los Premios «García Lorca, 1971», de la Universidad de Granada; «Juegos Florales de la Santísima Virgen de la Capilla, 1971»; «Poesía de El Olivo», y «Cazabán», 1972, del Instituto de Estudios Giennenses.

Ha dado numerosas conferencias sobre temas literarios en distintas instituciones: Residencia-Internado «Padre Poveda», Institutos Masculino y Femenino, Escuela Universitaria del Profesorado de Educación General Básica. Ha dirigido la organización de la Exposición Bibliográfica de Jaén, 1973. Ha dirigido, durante tres cursos, el «Grupo de teatro» del Instituto Femenino de Jaén. Ha intervenido, como profesor de Lengua, en los tres cursillos dados a los profesores de Educación General Básica, y en la actualidad trabaja en el estudio de la literatura giennense del siglo XIX, y prepara su tesis doctoral sobre el tema «Almendros Aguilar y su tiempo».

ENRIQUE TORAL Y F. DE PEÑARANDA.—Nacido en El Escorial en 1913; Licenciado en Derecho por la Universidad de Madrid, con premio extraordinario en la Licenciatura; Oficial Mayor Letrado del Ministerio de Justicia; Consejero de Número del I. de E. Giennenses; Medalla de Honor de San Raimundo de Peñafort y Medalla de Oro al Mérito Penitenciario.

Ha cuidado, dirigido (y anotado a veces) la edición de muy importantes libros publicados por nuestro Instituto, como «Nobleza Andaluza», de Argote de Molina; «Memoria de la Casa-Solar de los Messías», y «Repertorio de Príncipes de España», de Pedro de Escabias, según estudio de Michel García.

Tiene en prensa, y próximo a aparecer, un gran libro de «Historia de Ubeda», desde 1442 a 1510, habiendo publicado entre otros libros, «Historia del privilegio de Antonia García de Monroe», «Historia del linaje de los Ortegasa» y «El Capitán Francisco de Molina».

Es colaborador asiduo de este Boletín, entre cuyas valiosas colaboraciones y trabajos de investigación histórica podemos citar, «Francisco de Lanuza y sus observaciones sobre catastro y estadística de Jaén», «Pequeña aportación a la bibliografía de San Pedro Pascual», «El escudo de la ciudad de Ubeda, notas para su estudio histórico», «Un linaje ilustre: Pedro Carrillo de Quesada» y «Fray Francisco de Toral...».

FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA.—Nacido en Barcelona en 1918. Catedrático de Literatura Española desde 1947 en La Laguna de Tenerife, y desde 1949 en la Universidad de Sevilla, donde actualmente es Director del Departamento de Literatura Española, y también de los Cursos para Extranjeros.

Dio numerosas conferencias en Universidades de Europa y en América; por su labor de fomento de las relaciones culturales es comendador del Orden al Mérito de la República Italiana y Oficial de las Palmas Académicas de Francia.

Académico de número de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, y correspondiente por Andalucía de la Real Academia Española, y de otras varias locales.

Sus publicaciones versan sobre la Edad Media, la literatura pastoril, morisca, utópica de los Siglos de Oro, la poesía antequerana, la métrica del siglo XX y otros aspectos.

Entre su extensa producción científico-literaria, hay que destacar el texto íntegro en versión métrica moderna de «El Poema del Cid», dedicado al maestro Menéndez Pidal, y editado —6.ª edición— en la colección «Odres Nuevos», en cuyo libro se conjugan, con justo equilibrio, la labor del investigador científico plasmada en su muy extenso estudio preliminar, y la facilidad de inspirado versificador, al poner el Poema, muy dignamente, en un léxico contemporáneo.

JOSÉ MARÍA MARTÍNEZ CACHERO.— Es un especialista en el tema de «Azorín». Doctor en Filosofía y Letras, sección de «Filología Románica», por la Universidad de Madrid, Catedrático de «Lengua y Literatura Españolas» de Institutos de Enseñanza Media, con el número 1 de su promoción. Catedrático de «Literatura Española» (Moderna y Contemporánea) en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Oviedo. Profesor visitante en las Universidades «Vanderbilt» (de Nashville, Tennessee) y de Albuquerque (New México), ambas norteamericanas. Miembro de número del Instituto de Estudios Asturianos y miembro correspondiente del Instituto de Estudios Madrileños. Colaborador con temas de su especialidad en publicaciones periódicas como «Insula», «Revista de Literatura», «Cuadernos Hispanoamericanos» (de Madrid), «Papeles de Son Armadáns (Palma de Mallorca) o «Archivum» (Oviedo).

Autor de los volúmenes siguientes: «Vida y obra del poeta Emilio Ferrari» (1850-1907), que fue su tesis doctoral; «Menéndez Pelayo y Asturias»; «Andrés González-Blanco: una vida para la literatura»; «Las novelas de Azorín»; o el muy reciente «La novela española entre 1939 y 1969. Historia de una aventura»; a más de ediciones de obras de «Clarín»; «La Regenta» y «Palique»; y la edición, revisión y puesta al día de los cuatro últimos tomos de la obra de Constantino Suárez, «Escritores y Artistas Asturianos» (publicada por el Instituto de Estudios Asturianos, de Oviedo).

Entre las obras en preparación, ya contratadas e iniciadas, destaca el tomo dedicado a la literatura española del siglo XIX: «Poesía, Teatro y Crítica», con destino a la monumental «Historia de la Literatura Española» (en 23 tomos) que prepara la editorial madrileña Espasa-Calpe.